



MACROCIUDADES NEOLIBERALES Y “DELICTIVIDAD DE SUPERVIVENCIA ORGANIZADA”

Josu Bingen Fernández Alcalde

Universidad Pública de Navarra

Carmen Sabater Fernández

Universidad de La Rioja

1 —

Este artículo se realiza a efectos de colocar bajo un triple foco, a modo de necesario recordatorio, en primer lugar, “los básicos sociológicos”¹ que acompañan a cualquier desplazamiento humano forzado hacia las “grandes” naciones y las enormes urbes; *básicos sociológicos* que parecen estar olvidándose absolutamente, interesada o descuidadamente, dado los tiempos neoliberales que vemos correr en nuestro país y en prácticamente todo el orbe, bajo égidas de inspiración abrumadoramente desarrollistas.

Consecuentemente, recordar la más que probable existencia de personas en situación de elevada necesidad y desintegración social legal indeseada; incluso entre una parte de miembros del llamado “crimen organizado”², cada vez más notorio en todos los Estados. Lógicamente estamos hablando de aquellos sujetos “forzados” a integrarse; esto es, reclutados por la fuerza de la necesidad.

Motivo fundamental éste, por el cual, creemos encontrar en ellos, como segundo aspecto, rasgos sociobiográficos, psicosociológicos y estructurales que, aunque difíciles de confirmar por lo delicado de su comprobación ‘in situ’, bien podríamos definir como de clara “*delictividad de supervivencia organizada*” encarnada en tales

¹ Necesidades sociales básicas humanas: sustento, cobijo, identidad, vínculos, realización, sentido...

², Dice una web oficial del PSOE: “Concretamente, se puede hablar de una muy clara tendencia al alza en los delitos contra las personas, que aumentan el 76 %. Pasando de 13.838 en 1995 a 24.364 en 2003. Dando una vuelta de tuerca más a la cuestión, y analizando el tipo de delitos, dice, podemos comprobar que en materia de muertes violentas (homicidios y asesinatos) se pasó de 813 en 1995 a 1366 en 2003. Lo que supone un incremento porcentual del 68 por ciento. En relación con ello, considero necesario resaltar que, sin duda alguna, el crecimiento de la criminalidad violenta ha estado y sigue estando vinculado a la implantación de los grupos dedicados al crimen organizado, de las mafias, en determinadas zonas del país”.

personas que, como decimos, son reclutadas fácilmente por esas organizaciones al encontrarlas o tenerlas muchas veces en situaciones forzadas de dependencia económica y desintegración social. Y que más bien forzada que voluntariamente, delinquen como un modo social de sobrevivir o prosperar.

Delictividad de Supervivencia Organizada encarnada también como diremos en tercer lugar, en el masivo surgimiento por la totalidad de los espacios sociales de los fenómenos etiquetados como “*tribus urbanas*” y vividas, en muchas ocasiones, demasiado generalizada y frívolamente por las sociedad, como fenómenos juveniles voluntarios y pasajeros cuando, a nuestro entender, son frecuentemente, expresiones e indicadores de situaciones de desesperación y exclusión, propias sobretodo, de colectivos socialmente diagnosticables como ‘outsiders sociales’, ‘borderliners’ por usar el símil psicológico. Evitar por tanto que queden enterrados bajo la pegatina fácil de *Juveniles Tribus Urbanas*, sin mayor importancia social, constituye también un objetivo de este trabajo.

Son Colectivos que suponemos, en la gran mayoría de los países, originarios de campos y periferias; hijos de la emigración y la pobreza, etc.... Pareciera que hubiera interés en instancias oficiales por mantener tal ficción de voluntariedad escondiendo su miserable origen de masivos “forzamientos” o “defensas” colectivas, en cuanto que nacen de situaciones de necesidad. Necesidad de sobrevivir en las grandes urbes en las que han sido nacidos, dejados o arrojados.

“*La urbe actual no se funda solo en la atracción sino en el rechazo, en el alejamiento recíproco, en la desintegración*” escribe Paulo Virilio (Virilio, 2004). La ciudad moderna “*evoca el caos; temor nebuloso en un mundo carente de ese sentido y ausente de identidad*” (Cajas, 2007: 12). Y no ya solo de la misma urbe en cuanto tal sino el hecho de que a ella se acercan sobre todo los rechazados, los expulsados de la tierra.

La ciudad actual es un laberinto; en sus intersticios habitan los extraños, los otros, los que comercian con el miedo y la prohibición. La otredad se cristaliza en formas inéditas de miedo, temor al diferente; al sospechoso de conducta desviada; al tatuado –puede ser un mara- al inmigrante –puede ser un ladrón-; al forastero – puede ser un narco-. Explorar la geografía del miedo fue entre otros uno de los retos de una disciplina cuando intentaba desvelar las consecuencias del acelerado y brutal crecimiento urbano, cita *Juan Cajas* al respecto de la Antropología.

Pero curiosamente esto funciona como un espejo para ambas partes: lo que unos dicen de los otros; dicen los otros de los unos. Las dos ven al otro igual: es el reflejo del miedo el monstruo propio que habita en todos los de dentro y los de fuera; los unos y los otros. Un miedo que, en los que llegan, es a no encontrar lo que se necesita, lo que se ha perdido; y en los que están, es a perder lo que se tiene, sea poco o mucho, y bien o mal ganado.

Las ciudades son como han sido siempre: el territorio de nadie y de todos. El último lugar al que ir y el primero donde empezar. Así es en la actualidad para millones de desplazados. El lugar donde morir o vivir aún al precio incluso de matar.

El crimen queda así también globalizado. Aunque pueda comenzar como un crimen individualizado, fragmentado, no permanecerá con esa forma mucho tiempo porque así es fácil de combatir y se tornaría ineficiente en sus objetivos de supervivencia.

Necesita organizarse. Dotarse de una identidad grupal capaz de sostener el temible coste en términos de psicología personal y grupal del paso a la ilegalidad. Necesita dotarse de coberturas de legitimidad ideológica que calmen las pérdidas de autoestima individual y grupal.

Todo eso sin contar, sin debatir aquí, por razones de espacio, las dinámicas de institucionalización empresarial oportunistas que rápidamente traen consigo las diferencias en recursos y necesidades.

Por todo ello, la globalización del crimen no elimina las bases culturales que les sirven de origen. Para Castells, éstas se mantienen y ocupan un papel central en el proceso de reproducción y camuflaje, para ponerse a salvo de la acción del apartado oficial. Las fronteras clínicas pueden desaparecer en términos físicos, no así las culturales que se mantienen y se reactualizan constantemente a través de la memoria y la acción de los actores. Los mojones se corren de acuerdo a la capacidad operativa.

La identidad cultural es un aspecto importante en la construcción del crimen organizado y de eso tendrá que dar cuenta la antropología de la violencia, opina el propio Juan Cajas: el mercado de la cocaína requiere tener en cuenta la adscripción cultural de los contrabandistas; situación similar guarda el tráfico derivados del opio en Asia o el haschich en África. No se puede entender el narcotráfico en México sin tener en cuenta el papel crucial que ha tenido una región en especial: Sinaloa. En estos casos lo nacional/local articula y define procesos históricos culturales y religiosas sobre cuya base operan las estructuras organizativas de los mercados ilegales.

Lo mismo puede decirse aquí al respecto de nuestra vecindad territorial con Marruecos, principalmente y sus 'economías' en torno al haschich o el desplazamiento interfronterizo de personas y mercancías. Y parecido, al respecto de nuestras vinculaciones culturales, idiomáticas, etc... con Centro y Sudamérica.

Siempre siguiendo el trabajo antropológico de Juan Cajas, decir que el inmigrante oscila entre dos procesos: la desorganización y la reorganización. El primer aspecto, tal como lo estudiaron Thomas y Znaniecki, en *El campesino polaco*, involucra puntos de ruptura con la comunidad de origen y todo lo que ello implica. El segundo, la reorganización, alude al proceso de "adaptación". Éste se manifiesta de dos maneras, positivo o negativo. En el primer caso, la adaptación pareciera lograrse hipotéticamente a través de un paulatino posicionamiento laboral, y en consecuencia, cultural. En el segundo, la adaptación se vive como colapso: el inmigrante se siente extranjero, es el otro, el "tartamudo social", lo llama Schutz, el errante, el nómada. Inhibido frente a los lenguajes del nuevo hábitat, el inmigrante se autoexcluye de los lazos de sociabilidad e insiste en los referentes comunitarios que dejó atrás. Tiende a reinventar la comunidad de origen agrupándose con sus iguales. La reorganización en términos individuales, implica un reinventarse la vida de otro modo. Para los sociólogos de Chicago, ese proceso será el escenario en que se gesta el aprendizaje de la conducta criminal. De ahí su interés, en términos de investigación, en la fase de reorganización individual. La reorganización tiene que ver con problemas de orden social y no con situaciones de orden mental, derivados de características de orden biológico o racial, como se deriva de otros planteamientos de Antropología criminal tipo Lombroso.

El inmigrante actúa en un medio social específico que, en primera instancia, le provee de información necesaria, le advierte sobre la situación a enfrentar. Cada circunstancia le obliga a un proceso de interpretación. La única referencia es su "capital cultural interno". En este sentido el individuo confronta su propio pensamiento con el pensamiento colectivo del grupo. "*Matar es malo*", por ejemplo, es el resultado un análisis situacional de orden interno. Sí, pero si careces de recursos, y te ofrecen el "trabajo" es natural que lo tomes, le previene el entorno social externo, una de cuyas bases, incluso, encuentra argumentos en la religión: Santa Rosalía, patrona de Palermo, es protectora de los gánsteres sicilianos. El ánimo de Jesús Malverde da certeza al gatillero: "*No me desampares Malverde; el muerto tenía la culpa, y yo necesitaba los verdes; no lo maté por la espalda; el tiro se lo di en la frente*" (Cajas, 2005).

En el grupo que analizamos, los narcotraficantes, el proceso de reorganización-aprendizaje explica el ingreso de los sujetos a la nómina de los cárteles. Van Dijk llama "cognición social" a la miriada de elementos socio-culturales que comparten los miembros de un grupo (Van Dijk, 1994). Para Salazar y Jaramillo, la cognición social se expresaría al interior de lo que denominan "subcultura del narcotráfico" (Salazar y Jaramillo, 1992). La macrocefalia urbana, la precariedad económica, y la crisis de legitimidad del Estado, fundamentan el ejercicio de actividades lucrativas al margen de la ley.

A tener en cuenta que “la ciudad es, hoy en día, el epicentro de la reflexión antropológica, y de las ciencias sociales en general. Los datos avalan el giro analítico: casi el 70% de la población mundial vive en las ciudades” (García Canclini, 2005).

Por todo esto, de alguna forma y como dicen desde la Antropología Urbana: nuestro interés toma “...como base la emergencia de la ciudad como campo de estudio, y epicentro de la violencia del crimen organizado” (Cajas, 2005).

Podríamos abundar en datos del aumento mundial generalizado de la delincuencia organizada. Son habituales las citas que se producen por doquier como estas recientes del 22-1-2007 del *Instituto ciudadano de noticias sobre la inseguridad*³ y que se estiman suficientes (junto a otras estadísticas nacionales) para ilustrar el proceso, sin alargarnos excesivamente.

Rafael Ruiz Harrell expone que las noticias que llegan regularmente de las dos ciudades más grandes de Brasil, Sao Paulo y Río de Janeiro, hablan de una violencia extrema. Hay ciudades perdidas o “favelas” a las que el ejército no se atreve a entrar porque el saldo sería muy sangriento. En las dos ciudades están subiendo todos los delitos, no sólo los vinculados al tráfico de drogas. Quizá el más revelador sea el homicidio doloso, o sea el de las muertes causadas de manera deliberada, intencionalmente. *Río de Janeiro alcanzó en 2005 una tasa de 43.2 homicidios por cien mil... ...No está de más advertir que los datos de las ciudades brasileñas son de la Secretaría de Seguridad Pública de ese país*

Comenta : *“las ciudades o los países que llegan a superar los 50 homicidios deliberados por cien mil personas, casi siempre están en guerra o padeciendo la polarización de un descontrol interno que equivale, así no sea formal ni declarada, a una guerra intestina en la cual la legitimidad de las instituciones del Estado se encuentra en juego. Así ha ocurrido en El Salvador, en Sudáfrica, en Colombia y en la mayor parte de los países que formaban parte de la URSS”* (Ruiz Harrell, 2007).

Por otra parte, dice Javier Callejo detectando los riesgos de que grandes segmentos de población no dispongan de recursos para “comprar consumo” y sufran así un moderno pero muy importante tipo de exclusión contra el que querrán reaccionar y defenderse de distintas maneras, entre las pueda estar la que nosotros estamos pronosticando: *“A pesar de su tendencia a la homogeneización, la globalización del consumo puede llevar a la fragmentación social, e incluso a la exclusión. El consumo de bienes duraderos ociosos, el que ha constituido la base de las sociedades de consumo actuales, ya no será una de las principales fuentes de integración cultural en nuestras sociedades, sino un dispositivo de integración en la globalización. Si las políticas nacionales o locales no intervienen a favor de tales dispositivos de integración cultural y social, los procesos de desigualdad la falta de vínculos y redes comunitarias sería imparable.”*(Callejo, 2003)

A estos efectos detectores de las más elementales carencias, de contar con más espacio, llamaríamos la atención sobre los Índices de la ONU de Desarrollo Humano por Países a los que remitimos a los lectores. Sus datos, serían aún más escandalosos de tomarse estadísticos de desviación o segmentación por grupos en vez de promedios globales.

En este artículo, sostenemos además la hipótesis de que este tipo de organizaciones; estas sendas Instituciones paralelas a las instituciones oficiales, están siendo ya en los neoliberales años actuales -y mucho nos tememos que, durante un cierto tiempo, todavía más antes de que quizás el péndulo de las compensaciones inicie su vuelta-, el puente o el barco que permita a considerable número de personas, emigrantes, -principal pero no exclusivamente-, su supervivencia en la selva de las prometeicas macrociudades hiper-

³ El ICESI es la organización especializada en la generación de información estadística sobre la delincuencia en México. (www.mj.gov.br/senaspl/).

instrumentalistas a las que lleguen para ser 'hiper-instrumentalizados' en situaciones de verdadera dificultad, desarraigados y en necesidad, sin papeles, etc..

Ellas pueden ser, antes que las Instituciones oficiales, quienes les ofrezcan vínculos de apoyo y protección a su enorme desarraigo, como es sociológicamente muy conocido y básico:

“Las bandas poseen códigos no escritos de normas y valores; en ellos se pondera el delito como un oficio normal, respetable. En contacto con estos grupos los individuos aprenden e interiorizan sus normas: no delatar, ser solidario con el caído en desgracia, colaborar, etc. El autor compara el oficio delictivo con los oficios legales: robar es una profesión... ...Estos planteamiento –superando, desde luego la desviación, de explicaciones basadas en patologías individuales o sociales- pueden ser de utilidad para entender la relación entre violencia y vínculo social: la debilidad del Estado en áreas urbanas de segregación o exclusión, permiten que los vacíos institucionales sean llenados por el crimen organizado” (Cajas, 2003 citando a Sutherland, 1993).

2 —

Adelantaba Weber, citado por Bericat, en su excelente y sintético artículo “*Fragmentos de la realidad social posmoderna*”, que la racionalidad instrumental, propia de la modernidad, que nosotros situamos paradigmáticamente encarnada en las macrociudades neocapitalistas, “*llevada hasta el extremo, tendría dos graves consecuencias. Una de ellas la «burocratización» del mundo, que tejería una jaula de hierro en la que los individuos nos veríamos atrapados por los imperativos de racionalidad instrumental y eficiencia de unas macroorganizaciones formales, rígidas y opresivas que seríamos incapaces de dominar. La segunda se refiere al «desencantamiento» del mundo, que llegaría con la racionalización total de la vida. La razón instrumental diluye la razón sustantiva sobre la que se funda todo sentido humano, por lo que su avance podría traernos bienestar material, pero pondría en riesgo todo sistema de creencias más allá del mero conocimiento objetivo*” (Bericat, 2003).

El panorama quedaría completado si a todo esto añadiésemos las confirmaciones de campo expuestas en distintas investigaciones coincidentes de Rusia, Lituania, Inglaterra, Costa Rica (Van Meter, 2004) sobre la existencia de una estructura social general -al menos en todas las sociedades occidentales- muy resistente al tiempo, y hallable además, en cualquier grupo social de cualquier tamaño, que muestra dos dimensiones fundamentales:

- una oposición entre una postura abierta hacia la sociedad y sus problemas (los problemas sociales y conflictos que pueden manejar y solucionar) y una postura cerrada (“estábamos mejor en el pasado”); Esta visión tradicional-conservadora enfatiza muy sólidamente el aspecto ‘seguridad’.
- una oposición entre una reacción emotiva y una reacción no emotiva al conflicto social. Cada individuo o grupo social, posee una red de opiniones sobre conflicto social, opiniones que no son arbitrarias sino que están relacionadas unas con las otras de manera específica formando redes coherentes cuyos vínculos muestran una fuerte resistencia a la deformación por eventos externos.

En el mismo lugar, Vladimir O. Roukavichnikov⁴, afirma específicamente que el análisis ‘varimax’ (Sherin, 1966) muestra una notable estabilidad de las estructuras de opinión pública... El primer componente principal corresponde a la dimensión que opone una visión tradicional-conservadora con una moderna-radical...; el

⁴ Simposio "Current Developments in Environmental Sociology" en Woudshoth, Holanda, en Junio de 1992 . (*ibid*: p.7).

segundo componente principal -“material”- parece caracterizar la dimensión que opone frustración con satisfacción.

Esto es lo que pensamos sucede muy habitualmente en nuestros días con las poblaciones arrojadas desde los tradicionales modos de vida premodernos propios de los países de Tercer Mundo a la vorágine no ya de la modernidad sino de la posmodernidad de las urbes del primer mundo en términos Inglehartianos (Inglehart, 1991): enormes tensiones sociales en estos dos ejes que, por su probable condición de universalidad humana, caracterizan tanto a las poblaciones de recepción como a las desplazadas.

De ahí que florezcan con enorme pujanza y con mayor o menor éxito temporal o importancia, las fuerzas tradicionalmente proporcionadoras de sustento, protección, satisfacción y sentido; esto es, las asociaciones humanas: Clanes Familiares, Tribus, Pandillas, Coaliciones, Alianzas...pero también, Organizaciones Ilegales, Mafias, etc...

Por esto, confiamos y pronosticamos que, antes que después, incluso simultáneamente, se dan las fuerzas reequilibradoras en la forma que hipotetiza el propio Bericat para definir el camino a la posmodernidad: *“...el proceso de posmodernización constituye el despliegue bifurcado y simultáneo de la modernidad por dos senderos, uno por el que caminamos hacia la hipermodernización y otro por el que avanzamos reactualizando la tradición. Propone que este nuevo cambio social, el que nos lleva desde la sociedad moderna a la sociedad posmoderna, no puede entenderse desde la lógica disyuntiva y antitética con la que se comprendió el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, sino que ha de entenderse desde una nueva lógica conjuntiva y sintética, precisamente aquella con la que operan los propios procesos de posmodernización”* (Bericat, 2003).

Entretanto, vivimos y sufrimos el paso, explicado por Durkheim, de la «solidaridad mecánica», en la que los individuos estaban fusionados comunicativamente en la comunidad, a la «solidaridad orgánica», una solidaridad externa basada fundamentalmente en mónadas individuales y aisladas con relaciones contractuales de intercambio necesario.

Una sociedad generadora de individualismo y anomia que Durkheim observó con cierto pesar en su análisis del suicidio (Bericat, 2001), en el que se reflejaba la existencia de un malestar general producido por el excesivo aislamiento individual, así como por el perpetuo estado de anomia y de frustración característico de las sociedades de cambio y de las sociedades orientadas más hacia la incesante búsqueda de hipotéticos logros futuros, que hacia el tranquilo disfrute de lo ya conseguido y disponible en el tiempo presente. Este autor, junto a Merton, enfatizó la discrepancia entre las expectativas y las posibilidades del sistema como origen de estas nuevas filiaciones.

De aquí que, con el paso del tiempo, estemos ahora delante de fortísimas tendencias hacia el llamado por Maffesoli “reencantamiento”, o la detección de un ansia de valores distintos a los materiales, hecha por Inglehart.

En general y con respecto a la sociedad actual posmoderna, Michel Maffesoli ha explicado: *“Asistimos a una especie de reencantamiento del mundo como gran tendencia social. Allí donde había predominado una concepción muy racional de la sociedad, tanto en su relación con la naturaleza como con los demás, se ha producido un regreso de los valores, de lo que se entiende por el imaginario, de lo onírico y de los sueños colectivos”* (Maffesoli, 1990).

Nosotros percibimos que ese gran vector de fuerza contiene también un vergonzoso origen que no se cita tanto: junto a evidentes progresos materiales tiene lugar el fracaso del sueño de la razón como solución global a los problemas del hombre; el fracaso a gran escala del modelo social utilitarista capitalista; la pérdida, al menos, del llamado *sentido de totalidad* en los ciudadanos mejor acomodados y la pérdida del sentido más el

del bienestar -por escaso que fuera- en los llevados o decididos a emigrar de sus territorios seculares de identidad y sustento.

En relación sobre todo con las sociedades opulentas del primer mundo, este "reencantamiento social", explica que hay otro fenómeno que define a las sociedades postmodernas: *el tribalismo*. Maffesoli fue el primer sociólogo que utilizó el concepto de las tribus urbanas, en su libro *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas* para designar a los grupos sociales que se organizan en torno a afinidades electivas.

La sociedad humana no puede nunca estar sólo organizada sobre un modelo único, a través de grandes instituciones políticas o sociales, sino que se organiza en tribus que comparten gustos sexuales, musicales, deportivos, religiosos, etc. Para este catedrático francés, la gran especificidad de la posmodernidad es "el estrecho vínculo que existe entre el reencantamiento y el tribalismo" (Maffesoli, 1990). Un vector sociológicamente lógico y esperable puesto que no pretende otra cosa que reencontrar, recuperar, hallar raíces humanas en la modernidad deshumanizada de las grandes urbes. El eje fundamental de estas nuevas agrupaciones gravita sobre la contradicción básica de la sociedad moderna: auge de la masificación versus proliferación de microgrupos. Por un lado, la masa carente de una identidad potente y transparente y, por otro, las Tribus Urbanas como una respuesta al proceso de "desindividualización", cuya lógica consiste en fortalecer el rol de cada persona en el interior de la agrupación.

Para entender el concepto de reencantamiento hay que recordar su contrario: el supuesto *desencantamiento del mundo* producido por la tecnociencia moderna y el ejercicio de la llamada razón instrumental. La modernidad, en fin, habría arrebatado del horizonte no sólo a los viejos dioses y demonios sino también la magia de las cosas, el aura de la naturaleza y aquel piadoso *asombro* que, según Aristóteles, debería acompañar a todo auténtico conocimiento. Los hombres habrían dejado de meditar sobre el misterio del *Ser* para interesarse por el funcionamiento de las cosas, la producción y el trabajo.

Maffesoli augura un nuevo reencantamiento de lo real propiciado por la Red, las cibertecnologías y la cultura mediático/ virtual. Y más allá, también, de las célebres tesis marxistas en torno a una modernidad capitalista en la que todo lo sólido se disuelve en aire, Castells, Bauman y otros sociólogos apuntan a una "nueva modernidad líquida", a una re-hechizada ontología política de flujos espaciales, tiempos, mercancías, información, cuerpos y almas, originada por el posfordismo y los vertiginosos cambios inducidos por la globalización digital.

Pero, en lo que al aspecto oscuro de las sociedades actuales que estamos tratando se refiere, tan sólo otro sociólogo clásico, George Simmel, puede ser calificado, en opinión de G. Stauth y B. Turner, como el primer sociólogo de la posmodernidad. Entre otros motivos, por el interés central que otorgó en sus análisis a la cultura, por la forma asistemática y fragmentaria con la que trató de captar las existencias modernas, y por la revelación de la dialéctica entre las formas objetivas y fijas en las que la vida tiene necesariamente que expresarse, y la fuerza de la vida que siempre palpita bajo esas formas. Esta lucha entre la «forma» y la «vida» está presente, más que nunca, en el espíritu de la naciente cultura y sociedad posmodernas.

Ésta es también nuestra tesis: Lo específicamente humano sobresaldrá; esté donde esté y como esté. Sobrevivir es la principal ley humana, y sobrevivir, en humanidad, es hacerlo con vínculos, cooperativamente.

En *El conflicto de la cultura moderna* (Simmel, 1918), Simmel señala que existe un perpetuo dinamismo por el que la vida, en constante evolución y movilidad, erosiona cualquier forma cultural, que por otra parte ella misma ha creado, cuando la forma se objetiva e institucionaliza, se hace rígida e inflexible y pretende anular su vitalidad. En estas situaciones emerge un difuso pero profundo malestar cultural que alimenta la tensión creativa de la vida orientada al alumbramiento de nuevas formas.

Desde luego que existe una distancia abismal y alienante entre las redes globales y las existencias individuales, y se están configurando unas nuevas «identidades de resistencia», organizadas bajo formas grupales o comunitarias, que defienden los «lugares» frente a los «espacios de flujos»; la «memoria» y la historicidad frente al «tiempo intemporal», y los «valores trascendentes » frente a la pura «tecnología como valor». Comunidades religiosas, nacionalismo, etnicidad, identidad territorial, comunas feministas y de liberación sexual, ecologismo, etc...pero igualmente, tribus urbanas, tribus ilegales, etc...

La resistencia a la lógica de la red y del capitalismo informacional procede de grupos y de comunidades. Sin embargo, debemos esperar, en opinión de Castells, que estas identidades de resistencia, que constituyen los verdaderos nuevos sujetos históricos del cambio, abandonen el cierre ensimismado que las caracteriza y se transformen en «identidades proyecto», es decir, identidades orientadas a la transformación de la sociedad en su conjunto (Castells, 1997). El futuro, sin duda, resultará de la interacción entre el poder de las redes y el poder de la identidad. El diálogo inclusivo que preconiza Giddens (Giddens, 1995).

La muerte de la Razón, quizá el rasgo más relevante asociado al fin de la sociedad moderna (Wellmer, 1998: 103), no se resuelve exclusivamente en el ámbito de la legitimidad otorgada al conocimiento científico. Pues este conocimiento, que pretende alcanzar la verdad objetiva del mundo exterior, se descubre a sí mismo en la voluntad de control y de dominio que lo anima. “*La ciencia moderna nació de la irresistible ambición de conquistar la Naturaleza y subordinarla a las necesidades humanas*” (Bauman, 1991: 39). Esta voluntad de dominio que anima a la ciencia moderna debemos entenderla como una triple dominación, que se despliega simultáneamente sobre el mundo natural, el mundo social y el mundo personal. Max Weber, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, muestra cómo la nueva cultura moderna trata de convertir toda la vida de un individuo, su biografía entera, en un constante, minucioso y metódico proyecto de control racional de la conducta orientado hacia el logro y el éxito intramundanos, logro que no podía llevarse a cabo, en último extremo, sin un férreo e inconsciente autocontrol emocional del sujeto (Elias, 1993) y sin un férreo control de las demás personas y de la naturaleza misma.

Entre tales redes e identidades, nosotros incluimos a las de *delictividad organizada*, por mucho que a los lugares comunes de la normalidad y la legalidad, les abomine.

El caso de los inmigrantes supone, sin embargo, un transgredir de los límites que fijó la modernidad: la *transculturación* como un traspasar las fronteras. Said, Hart y Negri destacan el poder liberatorio de las nuevas masas nómadas que deambulan por el mundo desafiando el “*confinamiento*”. Salida del confinamiento que el migrante-nómada experimenta viajando y peregrinando; mientras el Estado-nación cierra fronteras, el migrante-nómada las desestabiliza saliendo del aprisionamiento que encierra sus límites.

No obstante, cuando se habla del factor liberador de los inmigrantes, hay que tener en cuenta realidades ambivalentes, complejas y dolorosas. Said expresa esta contradicción: “*hay una gran diferencia entre la movilidad optimista y las dislocaciones masivas, la pérdida, la miseria y los horrores experimentados en nuestro siglo por las vidas mutiladas de las masas migratorias*” (Said, 1996: 510). El nómada contemporáneo en la figura del inmigrante es un intercesor quien siempre busca a alguien, a otro para fabular, para que de esa forma se constituya ENTRE dos o ENTRE más un discurso. El migrante solitario no es un nómada, sino el migrante que busca intercesores, que dialoga con otro(s) para conformar un discurso muy minoritario, que se opone, sin otra fuerza, al menos inicialmente, que la de existir y estar ahí- a los aparatos del Estado, al colonialismo y al patriarcado. Después, serán éstos mismos aparatos quienes los pseudo-integren.

Esta oposición viene determinada por la propia negación del estatuto pleno de ciudadanía al inmigrante. El término “*ciudadanía*” es una condición de pertenencia o cualidad de miembro de la comunidad política, que supone la titularidad de la soberanía y la atribución de derechos que van más allá de los derechos humanos fundamentales de carácter “civil”, los ligados directamente a la persona. Supone la atribución, por un lado, de derechos políticos y, por otro, de derechos económicos, sociales y culturales (De Lucas, 2001: 64); como ha

escrito Añón, precisamente el reconocimiento de los derechos sociales constituye un test de inclusión, de ciudadanía inclusiva (Añón, 2000).

Las razones por las que todavía hoy la ciudadanía no forma parte de la agenda política de la UE en torno a la inmigración son complejas. Pero la más decisiva es el hecho de que la visión dominante acerca de la inmigración prima una concepción instrumental, funcional a su vez para una concepción monista de la política, arcaica pero muy arraigada, la propia del Estado nacional (y del sistema de mercado), que escinde el mundo en la dicotomía comunidad política nacional versus todo lo demás, ciudadanos (nosotros, los miembros de la comunidad nacional y, por ello, de la comunidad política) frente a extranjeros.

La posmodernidad está íntimamente ligada a la emergencia del capitalismo de consumo. Bauman sostiene que, en la actualidad, el consumo constituye simultáneamente el “foco cognitivo y moral de la vida”, el “vínculo integrador de la sociedad” y el “centro desde el que se gobierna el sistema”. Es decir, ocupa la misma posición que en el pasado, esto es, en la fase «moderna» de la sociedad capitalista, ocupó el trabajo. Y esto significa que los individuos de nuestro tiempo están sobre todo implicados, moral y funcionalmente, en el sistema, antes como consumidores que como productores (Bauman, 1992: 49). El trabajo ha perdido centralidad para la vida individual y para el sistema social, y su ética, la moral del sacrificio y del esfuerzo, el «principio de realidad» que se impone para la consecución de logros materiales, ha sido sustituido por el «principio de placer». El capitalismo ha ubicado el placer en el ámbito del consumo y, con ello, en una sociedad de la abundancia, tiene asegurado más que nunca su porvenir como sistema. De hecho, *“para el sistema de consumo, un consumidor felizmente dispendioso es una necesidad; para el consumidor individual, el dispendio es un deber”* (Bauman, 1992: 50).

Esto es justo lo que los desplazados miméticamente desean, necesitan para ser, y si no lo tienen, se lo intentarán procurar: El individuo posmoderno puede ser quien quiera a condición de que consuma, sea y viva, bien en «grupo» (Ibáñez, 1979), bien en «tribu» (Maffessoli, 1990).

La política de la modernidad, dice Cajas, estaba basada en la concentración del poder en un Estado que monopolizaba, en el interior del territorio nacional, el ejercicio legítimo de la violencia física. También se caracterizaba por el hecho de que la estructuración en clases del sistema capitalista determinaba los conflictos sociales, la distribución de recursos, las afiliaciones políticas y los votos electorales. Esta lógica del conflicto de clases dio paso a un contrato social, entre burguesía y trabajadores, del que emergió tras la Segunda Guerra Mundial el Estado de Bienestar, un Estado burocrático y corporativista, que regula las metas políticas y económicas de la modernidad mediante el acuerdo interclasista formalizado por sus organizaciones representantes, esto es, partidos políticos, sindicatos y organizaciones empresariales.

Los procesos de globalización de la economía y de la cultura, soportados sobre nuevas estructuras de movilidad material y comunicacional, están conformando un mundo que trasciende los límites de la moderna territorialidad estatal. El incremento de las interacciones e intercambios a escala global se corresponde con procesos paralelos tendentes a la constitución de nuevas instituciones y organizaciones supranacionales, interesadas bien en operar globalmente, bien en regular las operaciones y flujos de poder que circulan en este ámbito global. Empresas transnacionales, mafias internacionales, satélites de comunicaciones, movimientos migratorios, mercados económicos multinacionales, gendarmes globales, tribunales internacionales, organizaciones mundiales, etc., configuran un nuevo escenario en el que el Estado pierde el monopolio regulador que ejercía sobre la nación. El sistema político se fractura en múltiples centros de poder que compiten por la dirección del sistema global.

En este nuevo contexto, como afirma Bell, el Estado es hoy *«demasiado pequeño para los grandes problemas de la vida, y demasiado grande para los pequeños»* (Smart, 1997: 136). Así que, junto a este proceso de hipercentralización y fracturación del sistema político en múltiples centros globalizados de poder, asistimos a

un proceso simultáneo y complementario de descentralización y difusión del poder en instituciones infranacionales, en gobiernos regionales y locales.

La racionalización nos ha atrapado en el valor instrumental de la “*jaula de hierro*”. En esta lógica neoliberal, los inmigrantes son hiper-instrumentalizados por las organizaciones empresariales en su ánimo de lucro. La inmigración es una cuestión de reposición, de reemplazamiento de lo que nos falta: mano de obra en determinados sectores y períodos de tiempo, nacimientos que equilibren la desproporción entre clases pasivas y población activa y, *quizás*, nos ayuden a mantener la población que necesitamos para contar con una posición en la UE, por ejemplo. La consecuencia es una discusión que atiende exclusivamente a los límites o, para ser más exactos, al criterio que permita establecer el cupo exacto de inmigrantes que cubran esas necesidades (laborales y/o demográficas). El inmigrante no puede aspirar al contrato de ciudadanía, sino a otro contrato, provisional, parcial, transitorio y evidentemente inferior, el de extranjería/inmigración.

El volumen y las “suculentas” capacidades potenciales de demanda de bienes y servicios de estos colectivos tan necesitados de todo, así como su fragilidad y vulnerabilidad al no disfrutar de una incorporación plena de derechos en las instituciones oficiales, lleva a unos a crear , y a otros a buscar organizaciones y acciones alternativas para lograr bienestar, supervivencia o integración efectiva; en su afán, los unos, de lucrar, y los otros, de “*reencantar*” un mundo vacío de creencias y bienes colectivas.

Pero estas renovaciones de cupos serán la salida legal y nosotros, en este trabajo, queremos fijarnos más en las ilegales; alumbrar los básicos sociológicos que corren riesgos de quedar espúreamente sepultados.

El sueño europeo que los inmigrantes viven en la distancia choca, en muchas ocasiones, con un vuelo “*hacia la pesadilla*”. Cada vez, es más frecuente acogerse al Programa de Retorno Voluntario de Inmigrantes desde España, PREVIE. Desde la firma del convenio hasta el 31 de diciembre de 2006, el número total de personas que han viajado a sus países de origen, bajo este programa ha sido de 397. Dichas personas se encontraban en situación de extrema vulnerabilidad, debido a circunstancias tales como la falta de integración, ser víctimas del tráfico ilícito de seres humanos, ser inmigrantes acogidos a los servicios de la asistencia social primaria, estar en situación de indigencia.

Mientras la política de inmigración gire en torno a un cálculo unilateral, a lo más que puede aspirar el inmigrante es a ser admitido entre nosotros como un trabajador, asimilado a las condiciones de los de los nacionales. Su horizonte es, en el mejor de los casos, romper con la doctrina de la “*preferencia nacional*” que permite una discriminación supuestamente *justificada* en el estatus de los trabajadores según su origen. Pero en realidad nunca llega a alcanzar el lugar de los trabajadores nacionales. El inmigrante arrastra el estigma de haber nacido mal, a destiempo, en el lado malo de la geografía. Por eso lo que nunca se plantea es la verdadera integración, la que corresponde a quien no vive entre nosotros provisionalmente, parcialmente, sino a quien quiere ser uno de los nuestros, de un “*nosotros*” plural (De Lucas, 2001: 67).

Este hecho está avalado por la discriminación que sufren los inmigrantes en empleo, vivienda y educación, como publica el Observatorio Europeo contra el racismo y la xenofobia (2006). El acceso al empleo restringe empleos a los no nacionales, e incluso discrimina de forma directa no admitiendo la entrada de algunos colectivos. En vivienda, se realquilan pisos a precios desorbitados, se alquilan locales que no reúnen las suficientes condiciones higiénicas y sanitarias, o se vive en condiciones de total hacinamiento (con pisos de 11 a 20 inmigrantes). Los índices de fracaso y de abandono escolar indican sus problemas de integración en el sistema escolar...y así podríamos seguir hasta el infinito.

Asistimos, como comentamos, al progresivo *aumento de redes informales de integración paralela* formadas por organizaciones sociales, legales, legales e ilegales, que contribuyen a la supervivencia de la marginalidad en las macrociudades del Siglo XXI. Esta tendencia se refleja masivamente en indicadores como el aumento de la delincuencia organizada, las tribus urbanas juveniles y las redes de migrantes, que ofrecen los

apoyos de pertenencia, acción social y subsistencia característicos de lo genuinamente humano; los *básicos sociológicos* que estamos defendiendo.

El incremento de mafias de delincuentes en España es un fenómeno en ascenso. La oficina del fiscal general en España advierte de la *llegada de más bandas* en los próximos años, con *la explotación de inmigrantes* como fuente principal de negocio. Más de 500 bandas de crimen organizado operan en España con una participación de más de 100 nacionalidades (rusos, chinos, peruanos, norteafricanos, albanos-kosovares, nigerianos, búlgaros, turcos, colombianos y rumanos, con sus propias características y especializadas en diferentes tipos de delitos). Sin olvidar la importancia de los *“grupos nativos”* con conocimientos del territorio de asentamiento y contactos con redes de extranjeros (Belt-Ibérica, 2005).

Según datos del delegado del Gobierno en el País Vasco, Paulino Luesma, en 2006 fueron desarticuladas 429 redes de delincuencia organizada en España, un 28,8% más que en 2005, y se detuvo a 1.821 personas por este tipo de delincuencia, un 24% más. En el 2005, un 57,5 % de los detenidos como miembros de bandas organizadas eran extranjeros.

La última memoria de Europol sobre el crimen organizado revela que la *“mayoría de las 4.000 mafias detectadas en Europa mantienen vínculos en España”*. El motivo principal es que nuestro país es el portón de entrada de la droga en el continente. Pero hay más. La eliminación de fronteras, buenas condiciones meteorológicas, calidad de vida por encima de la media europea, tranquilidad, posibilidades de inversión, poder pasar desapercibidos entre los turistas extranjeros y cierta permisividad con los inmigrantes han provocado un *“efecto llamada”*. Inicialmente se pensaba casi exclusivamente en el tráfico de drogas, pero actualmente, la cantidad que mueven los estupefacientes es muy inferior a la que genera el tráfico de personas, por lo que, según la Europol, *“las actividades están cambiando”*.

La inmigración en las macrociudades genera paralelamente, según vemos, el aumento de un tipo de tribus urbanas *“ad hoc”* tanto en la comunidad receptora desde el racismo y la xenofobia (grupos nazis) como en las comunidades migrantes debido a problemas de desarraigo y desestructuración familiar que toman macabras formas de *delictividad de supervivencia organizada* que nos negamos a simplificar.

Refiriéndose, por ejemplo, a las tribus urbanas de jóvenes latinos, el investigador, Jorge Murcia, destaca su situación de vulnerabilidad: *“en los inmigrantes, tanto su padre como su madre están trabajando todo el día y a un joven, español o inmigrante, cuando le falta un referente de comportamiento va a la calle, donde encuentra un grupo de chicos que están en la misma situación que él y generan las bandas latinas. El grupo les ofrece el afecto, el cariño y el diálogo que la familia no le puede ofrecer y su familia pasa a ser la pandilla”* (Murcia y Madrid, 2007).

Adviértase la insensata paradoja, propia de muchas formas abusivas de trabajo y de inmigración, de que, para trabajar o cuidar a otros, se descuida y abandona lo propio de uno mismo, familia, hijos, etc.

Por ejemplo, en España, ser adolescente latinoamericano inmigrante en una sociedad que se encuentra en un momento de alta sensibilidad frente al fenómeno migratorio, no es fácil. Más del 40 % de estos jóvenes se sienten rechazados y discriminados por vecinos y compañeros, lo que lleva a que un 59,6 % muestre interés por las *«bandas latinas»*, según un estudio presentado por la ONG Liga Española de Educación que se ha llevado a cabo entre 1.009 estudiantes de la ESO, de 12 a 17 años, en las ciudades de Madrid, Murcia y Valladolid. Los adolescentes encuestados confesaron sentirse identificados con dichas bandas callejeras aunque sólo uno pertenecía a las mismas. El alto porcentaje de jóvenes atraídos por este tipo de grupos se debe a que lo utilizan como referente; los jóvenes recurren a un elemento de poder, ya que se sienten profundamente rechazados. Según María Antonieta Delpino, *“vienen a España creyendo que la integración va a ser fácil y cuando llegan sienten lo contrario”* (Delpino, 2008).

Para seguir viendo la medida en que los colectivos de los que estamos hablando están 'hiper-lejos' del maná posmoderno, tanto en su vertiente económica como en la sociopersonal, volveremos al Inglehart, que inspirado en la jerarquía de las necesidades humanas elaborada por A. H. Maslow, y parangonable con las tesis de Maffesoli, sostuvo la tesis de que las «necesidades materiales», básicamente el mantenimiento y la seguridad física, estaban perdiendo prioridad valorativa con respecto a las «necesidades no fisiológicas», como la estima, la pertenencia al grupo, la autoexpresión, la satisfacción intelectual o estética y la calidad de vida.

Inglehart⁵ postula dos hipótesis para explicar este cambio. La primera, o «hipótesis de la escasez», señala que otorgamos mayor valor subjetivo a las cosas relativamente escasas, por lo que en una sociedad de la abundancia, en la que los milagros económicos de la modernización y el propio Estado de Bienestar han asegurado nuestra existencia material, tenderemos a valorar en mayor medida la satisfacción de las necesidades no fisiológicas.

El resultado más importante que emerge del análisis de la *Encuesta Mundial de Valores* es la existencia de dos ejes o «factores morales» que explican una gran parte de la varianza existente en las «opiniones valorativas» registradas por la encuesta. El primero recoge el contraste entre los valores «tradicionales» y los «secular-racionales», mientras que el segundo discrimina entre los valores de «supervivencia» y los de «autoexpresión» (Inglehart, 1998: 109).

Dicho de otra forma, el primero expresa el contraste entre la cultura de la sociedad tradicional y la de la sociedad moderna, y el segundo expresa el contraste entre los valores de la sociedad moderna y los de la sociedad posmoderna (Pino y Bericat, 1998: 15).

Según Inglehart, la sociedad tradicional, orientada hacia la supervivencia material, en el marco de una economía pobre y estacionaria, tiene que limitar las aspiraciones de logro para evitar la frustración. También tiene que controlar la utilización de la violencia física, única vía de un posible enriquecimiento en este contexto, mediante rígidas normas religiosas y comunitarias y una fuerte autoridad de tipo tradicional. La sociedad moderna estimula las motivaciones de logro y se propone como meta la maximización del crecimiento económico, en un contexto de rápida acumulación de capital regido por una racionalización que modifica el tipo de autoridad vigente, pasando a ser racional-legal. La sociedad posmoderna, por último, se orienta hacia metas de maximización del bienestar subjetivo y de la calidad de vida, deslegitima tanto la autoridad tradicional como la legal-racional, e incrementa el valor de la autoexpresión y de la autorrealización individual (Inglehart, 1998: 101). Este es el espejo en el que se mira el sur.

Los seres humanos posmodernos, inmigrados o no, tendrán que existir en nuevos contextos vitales, producto de la fusión de hipermodernidad y tradición, y sentirán cada vez más intensa y simultáneamente estas nuevas demandas en las que se puede escuchar al unísono el eco de la hipermodernidad y el de la tradición.

⁵ Es preciso hacer notar aquí que en este modelo la variable clave es el «grado subjetivo de seguridad», y no medidas objetivas de bienestar. La segunda, o «hipótesis de la socialización», señala que los valores no se ajustan de modo inmediato a las nuevas situaciones, sino que requieren un tiempo para afectar, por medio de la socialización, a las nuevas generaciones (Inglehart, 1991: 61).

Inglehart nos dice que este cambio podría explicarse por el «principio de utilidad marginal decreciente del determinismo económico», que llevaría a una valoración marginal decreciente de las necesidades materiales. Esto no significa que los posmaterialistas sean no-materialistas, y menos aún anti-materialistas. «El término "posmaterialista" denota un conjunto de metas a las que la gente da importancia después de haber alcanzado esa seguridad material» (Inglehart, 1998: 45).

3 —

Esta lógica sintética y conjuntiva desde la que emerge una realidad radicalmente nueva será la clave del cambio social posmoderno. Para coadyuvar a ello, tendríamos que volver a la racionalidad sustancial: la que piensa también los fines y no sólo los medios, so pena de caer de nuevo en las peores bestialidades, como está ocurriendo actualmente por doquier.

Cuando el mundo se hace demasiado grande, observa Castells, los actores sociales pretenden reducirlo de nuevo a su tamaño y alcance.

Lo que Bericat y otros autores queremos poner de manifiesto es que el modo de vida tradicional surgió de la aplicación de unos recursos, potencialidades o virtualidades humanos, de carácter universal e intemporal, a un contexto específico, y que estos recursos, potencialidades y virtualidades, que fueron en gran parte reprimidos por la sociedad moderna, serán re-activados, re-adaptados y re-actualizados en un nuevo contexto de hipermodernización (Bericat, 2003: 38).

Touraine también afirma que la nueva cultura posindustrial, *al mismo tiempo* que es hipermoderna, rompe con la teoría de la modernidad; que la modernidad no destruye la tradición, sino que ésta es una fuente de su propia transformación (Touraine, 1969: 5).

Smart se pregunta si la posmodernidad es una consecuencia exclusiva de la modernidad, y representa un efecto de la resistencia, regeneración o reconstitución de las formas de vida tradicionales, y/o significa una articulación de formas tradicionales y modernas en diversas formas complejas y no anticipadas. Es evidente que la bifurcación posmoderna se corresponde con la segunda alternativa expuesta.

Expresar finalmente para dibujar la lejanía a la posmodernidad de tales colectivos que, según Bericat, la nueva síntesis posmoderna, -que afecta a tantos ámbitos de la sociedad, de la política, de la cultura y de la vida individual-, inaugura también, y por último, una nueva estructura socioemocional.

Las tres emociones estructurales de la posmodernidad son la *alegría*, la *ansiedad* y la *nostalgia*. Conforme avanza la hipermodernidad, conforme el futuro deja de ser una ilusión, el sujeto posmoderno comienza a sentir y ser consciente de una pérdida absoluta e irreparable, una pérdida de gran valor. Entonces aparece la nostalgia, evidente en muchos autores, como Baudrillard, Bell o Jameson, y en las demandas de muchos individuos posmodernos. Nostalgia, muy evidente en los viajeros románticos, por la pérdida de los recursos y virtudes del mundo tradicional, por la pérdida de la autenticidad, de la comunidad, de la emoción, del mito y del encanto. Nostalgia, incluso, del sufrimiento y del dolor, del esfuerzo, de la responsabilidad, del honor y del verdadero amor. Nostalgia unamuniana de personas de carne y hueso, o, como señala Turner, de tiempo, de espacio y de sexo real ajenos al canto de sirena y a las promesas de la virtualidad.

Volviendo a lo que según quién sufra, mire o juzgue se catalogará mucho más como *delincuencia* que como *supervivencia organizada* o viceversa, decir que las de estas Personas y Organizaciones, son acciones que Instituciones, Medios de Comunicación e incluso la Ciudadanía, en lógico temor de su presencia, reflejamos habitualmente solo desde el foco parcial, -y quizás interesado- de su violencia e ilegalidad.

Más allá de los terribles daños que producen, en parte desde luego, porque en muchos países⁶, amenazan crecientemente con disputar el poder a las instancias legales oficiales léase Estado, Empresas... y desean

⁶ Dice Carlos Resa que existe una característica que, de manera más o menos grave, ya desde antiguo se predijo como un factor conducente al surgimiento de la criminalidad organizada: el fracaso del proyecto modernizador del estado liberal (Hobsbawn, 1959). Nosotros predecimos lo mismo con respecto al fracaso de las implantaciones neoliberales en las grandes ciudades

implantar sus cuotas de monopolio económico o legal. En particular el de la industria de la protección, como es históricamente el caso de la mafia italiana o norteamericana⁷...

Conocedores de la extrema gravedad y alarma social de tales actividades y hechos, disculpamos este heterodoxo abordaje del problema social explicando que como analistas sociales estamos obligados a estudiar los fenómenos en toda su globalidad por muy desagradable que resulte o equivocados que podamos estar.

Todo ello en aras precisamente de poner comprensión y posibilidades de soluciones a los problemas sociales.

En general, los objetivos de los medios de comunicación suelen tener objetivos muy diferentes a los de la explicación académica. Tienden a centrarse en la componente de violencia que pueden utilizar estos grupos dejando de lado otros valores de tipo social, empresarial y organizativo que pueden resultar de más difícil asimilación para la opinión pública. Son, además, extremadamente sensibles a exagerar o disminuir las relaciones entre el sistema político y el crimen organizado por presiones a favor o en contra de diversos grupos del sistema político nacional en cuestión⁸.

El resultado es que la imagen que los “mass media” nos ofrecen para el consumo, “descuida” -irónicamente hablando- perspectivas sociológicamente relevantes del llamado crimen organizado.

Por la importancia del tema, conviene tocar tierra y como escribe Albanese, recordar que *“el crimen organizado no existe como tipo ideal, sino como un 'grado' de actividad criminal o como un punto del 'espectro de legitimidad. Buena parte de las configuraciones teóricas sobre el crimen organizado difieren precisamente como consecuencia del punto a partir del que se realiza esta división... ..al definir los tipos de delitos como norma legal en cierta manera configuran los resultados a ojos de la opinión pública”* (Albanese, 1989).

Es la permanente disputa pantanosa entre legalidad y legitimidad. Este artículo, aún sabiendo de lo políticamente incorrecto de un enfoque tal, se está centrando en las inercias de legitimidad, o más exactamente, de lógica cuasi-natural que, en parte, puedan tener algunas de las actividades formalmente denominadas *crimen organizado*, en los casos en que sean cometidas por personas en situación de grave dependencia económica, desintegración social, etc...

Nosotros elegimos esta perspectiva de análisis por entender que puede también formar parte de ese mundo y contener escondidas, diríamos que “secuestradas”, acciones personales o sociales básicas de *Supervivencia Organizada*.

Por estas especiales dificultades para abarcar con un concepto tan gastado, la complejidad del fenómeno del crimen organizado, dice Carlos Resa, abriéndose y alineándose aquí con nuestras sospechas: *“no son pocos los autores que han cambiado su enfoque hacia términos como crimen empresarial (enterprise crime)...”*. Esto es, leído entre líneas: modos (a)sociales⁹ de prosperar.

Sin embargo, en la presente tesis, que a pesar de las apariencias, compartimos con Carlos Resa ¹⁰, se considera que galvanizando este conjunto de individuos del *crimen organizado* debe existir una estructura jerárqui-

⁷ Como en términos económicos, pueden llegar a adquirir el monopolio en la industria de la protección (sustitución parcial del estado con venta de la protección privada –legal, paralegal o ilegalmente-), ya sea sobre un territorio o en un tipo de mercado concreto.

⁸ Seguimos en este punto a Carlos Resa (2005).

⁹ Acéptesenos esta puesta en paréntesis para deslindar la borrosidad entre lo social y lo asocial.

¹⁰ El trabajo de Carlos Resa habla ya de posiciones de Crimen Organizado muy consolidadas y crecidas y de su peligro como cuasi-Instituciones delictivas paralelas al Estado y socavadoras de las sociedades democráticas en cuanto tales Organizaciones.

ca, una división de tareas, grados de especialización y ciertas reglas (un sistema de premios y castigos) que rigen el comportamiento de la organización y son impuestas, en muchas ocasiones, de manera coactiva, o mediante pactos y pseudos contratos de beneficio mutuo, otras menos.

Pero si bien una multiplicidad de grupos, como las pandillas juveniles, cumplen estas características en niveles notables, lo que es específico finalmente del crimen organizado a alto nivel es, en palabras de Resa, su capacidad para protegerse de manera eficaz frente a quienes reten su capacidad de acción, ya sea desde grupos criminales rivales o desde el Estado. Esta protección se obtiene, por una parte, a través de la utilización de la violencia o la amenaza creíble de usarla, la intimidación, y, por otra, por la corrupción de funcionarios públicos.

Esta protección tiende a alcanzar, en mayor o menor grado, a todos cuantos son reclutados por tales organizaciones. Al menos en su vertiente 'material' de defensa, sustento y cobijo; otra cosa es su dramática e inexistente vertiente de libertad.

Para que, tras estos actos de crimen organizado, existan a su vez rasgos y actos de Delictividad de Supervivencia Organizada es preciso que los sujetos que las practican puedan describirse como personas en situación de grave dependencia económica o alto grado de desintegración social.

Somos conscientes de las enormes dificultades de encontrar indicadores de este tenor que puedan, en algún grado, explicar tales actos y mostrar grados de atenuación patológica. Atenuación que planteamos siempre en su forma de comprensión sociológica weberiana, no en la de derecho o justicia.

Los delitos cometidos por la criminalidad común, por diferenciarla del crimen organizado, tienen un carácter predatorio que incorpora una redistribución de unas rentas existentes previamente. En el lado opuesto, el crimen organizado abarca la producción y distribución de nuevos bienes y servicios con la componente de tener un valor añadido¹¹.

Todo el texto de Carlos Resa constituye un tratado antropológico y sociológico de lo que puede pasar en las Macrocidades y en las Sociedades con las personas dependientes una vez enroladas en estas Organizaciones de corte delictivo transnacional¹².

Dice Resa, que el primer impacto del crimen organizado se encuentra en relación con el concepto de la soberanía del Estado. Éstos están separados por fronteras, que no sólo dividen el territorio sino que también marcan diferentes sistemas legales, niveles diversos de desarrollo económico y distintas culturas políticas. En su contra se sitúan las organizaciones criminales que, por su propia naturaleza ilegal y transnacionalizada, no tienen en cuenta las soberanías estatales ni muestran respeto por las fronteras nacionales en términos de sus negocios ilícitos. Sus planes de expansión no se encardinan sobre la idea de jurisdicciones nacionales sino con la mente puesta en flujos de bienes y de personas capaces de incrementar los beneficios económicos o, en su defecto, los niveles de protección.

La creación por parte del crimen organizado de rutas paralelas e indiscriminadas para la violación de fronteras asegura un descontrol presente, que se puede acrecentar en el futuro, en la circulación de bienes y servicios

Nosotros resaltamos tan solo y pedimos cuidar los aspectos humanos forzados de de dependencia posiblemente subyacentes bajo esos encuadramientos.

¹¹ Nosotros vislumbramos también como propio de la criminalidad organizada esa parte de redistribución de renta, sobretudo para las personas ejecutantes del delito en lo que resulten beneficiadas por él: recompensa, sueldo, gratificación, etc.

¹² En este artículo, no podemos extendernos sino brevemente en ello, en lo que a los "básicos sociológicos" se refiere. Para el resto, remitimos al lector a ese texto.

hacia el interior de los estados, lo cual pone en peligro desde la salud de poblaciones enteras hasta la estabilidad del sistema democrático.

Otro ámbito sobre el cual puede incidir perniciosamente el crimen organizado corresponde a la cultura política de un determinado país, es decir, el conjunto de valores y actitudes que informan la acción política de los ciudadanos. El crimen organizado, en este sentido, puede afectar de manera esencial el entorno social y físico de las democracias, distorsionando ante los ciudadanos las líneas que separan lo legal de lo ilegal, generando lealtades alternativas a las del Estado y provocando cambios en la opinión pública que afectan negativamente al funcionamiento del sistema.

Su éxito en los negocios ilegales, se completa enseguida en torno a la aspiración de los dirigentes criminales por convertirse en parte de la elite social de la que se creen intencionadamente excluidos.

Su poder económico es de gran ayuda en esta tarea de generar legitimidad social. Entre sus subordinados, entre los que abundan trabajadores cualificados y no cualificados, miembros de las fuerzas de seguridad pública, políticos, elementos de las profesiones liberales y, con frecuencia, un cuerpo de seguridad privada de importante magnitud, la vinculación salarial facilita la creación de un vínculo de admiración, permitiendo la creación o la ocupación y usufructo de considerables espacios sociales, rurales y urbanos, que a un tiempo incrementan las posibilidades de impunidad.

Fuera de los individuos y grupos económica y permanentemente dependientes del núcleo duro de las organizaciones criminales, a los que ofrece por lo general rutas más veloces, aunque peligrosas, de movilidad social ascendente que los cauces formales, los dirigentes de estas organizaciones utilizan sus recursos económicos en tareas de inversión social tales como la construcción de viviendas para los estratos más humildes de la sociedad, las aportaciones a eventos públicos que les reportan reputación, las presentaciones públicas deslumbrantes rodeadas de oropel y la oferta de bienes públicos a comunidades en las que las actuaciones del Estado son deficitarias o nulas. Estas acciones suponen para los dirigentes de los grupos delictivos un modo relativamente sencillo para blanquear sus ganancias y, sobre todo, una sustitución práctica de las tareas del Estado que genera, en consecuencia, una transferencia de lealtades hacia los dirigentes criminales, una legitimación de la adquisición ilícita de riqueza y la convalidación de nuevos campos de impunidad y protección.

Esta transferencia de legitimidad puede verse facilitada en el seno de las comunidades de inmigrantes, cuya lealtad al Estado receptor está a menudo mediatizada por carencias económicas y por vínculos sociales y afectivos fuertes con sus lugares de procedencia. Por su crecimiento en un mundo cada vez más interdependiente y por su opacidad y clausura construidas en torno a las barreras lingüísticas o culturales, estas comunidades étnicas son ideales para el reclutamiento de miembros y lealtades para el crimen organizado en sus mercados más relevantes. Además, su enclaustramiento inducido genera en ocasiones respuestas estatales inapropiadas a menudo ligadas al desconocimiento o el racismo que retroalimentan el sentido de desprotección hacia el Estado. En este caldo de cultivo, los grandes grupos delictivos consiguen explotar, con el mínimo coste en forma de recursos sociales, los sentimientos de desapego del Estado en su propio beneficio y construyen así nuevos vínculos de lealtad, que por ser étnicos se presentan como más fuertes y duraderos.

El crimen organizado es susceptible de producir de un cuestionamiento de la legalidad vigente de mayor alcance al confrontar a la población con la percepción del código normativo como algo ineficaz e inválido para regir la conducta social. Mientras el discurso oficial se refiere a reglas morales y jurídicas formalmente aceptadas, que exaltan el trabajo, el sacrificio y la democracia, la práctica real se identifica con el repudio generalizado de estos valores mediante comportamientos tendentes a maximizar los beneficios con independencia de sus fuentes y consecuencias sociales. En consecuencia, las normas son percibidas como inválidas e ineficaces para el normal desenvolvimiento social, lo legal se convierte en lo ilegítimo y lo ilegal en lo razonable y necesario. El crimen organizado se ve reforzado, por tanto, no sólo por las estructuras socioeconómicas sino también por una mentalidad colectiva y una cultura predominante desviadas.

Adquirida cierta legitimación social propia, los dirigentes de las organizaciones criminales se hacen más invulnerables a la fuerza del Estado. Pese a que en la mayoría de las ocasiones reproducen pautas de las ideologías sociales dominantes, consiguen una lealtad que es percibida por los ciudadanos como alternativa y en confrontación sistemática con el Estado, lo cual genera un ejército de reserva para estos grupos o al menos la inacción y la simpatía de muchos de los miembros de la sociedad descontentos con el funcionamiento general del Estado. En ciertos casos la admiración que se genera hacia los dirigentes de las organizaciones criminales puede llegar a la fascinación porque, tras una exteriorización pública adecuada y la red de legitimidades construidas, representan buena parte de los valores socialmente preponderantes y de los anhelos reiterados de segmentos excluidos y de las clases medias.

Por otra, el aprovechamiento de algunos grupos de crimen organizado de las diásporas migratorias que se han producido en las últimas décadas por las facilidades de transporte, por las diferencias económicas y por el acceso a información constante sobre las mismas puede generar problemas de xenofobia que concluyan en una violencia de extrema derecha y confrontación social.

La impartición de “justicia” está determinada en buena medida por los encajes y la personalidad de los dirigentes, la lealtad hacia todo el sistema está dirigida hacia las personas más que hacia las instituciones, al contrario de lo que debe ocurrir en las democracias liberales, con lo cual tenderían a personalizar partes importantes de la cultura legal. Estas normas son las que regulan las relaciones sociales y económicas entre los miembros de la organización, que presentan una lealtad no cuestionadora al grupo en general y a sus líderes en particular, y configuran los patrones de convivencia con otras organizaciones rivales.

La existencia de estos “sistemas de justicia paralelos” para un grupo más o menos amplio de población pone en cuestión esta universalización de la legalidad y, más allá, supone la creación de un complejo modelo de impartición de justicia ajeno al Estado, cuya racionalidad es precisamente el monopolio de la violencia dentro de las organizaciones delictivas.

Para la constitución de estos fines de justicia alternativa el medio más eficaz, cuando la organización crece a dimensiones considerables, lo constituye la creación de milicias e incluso ejércitos privados que, en última instancia, no suelen limitar su actuación hacia los miembros de la organización para refrendar ese sistema de justicia sino que, a menudo, son utilizados contra miembros exteriores que ponen en juego sus intereses ilícitos, ya sean miembros de otras bandas, funcionarios del Estado o ciudadanos preocupados.

La conclusión de estas tres premisas de Resa (la corrupción, la intimidación y la saturación) es que en las sociedades democráticas el principal pilar de su legitimidad, el Estado de Derecho, se torna ineficaz e injusto para los ciudadanos. Se crean desigualdades ante la ley e impunidad generalizada para un sector de la población, con la consiguiente deslegitimación de todo el sistema legal a los ojos de los ciudadanos.

Por continuar con el análisis más sociológicamente formal del tratamiento social al uso de estos fenómenos - que aquí vamos a considerar como de un mismo tipo de riesgo psicosocial en origen cuales son las tribus urbanas en las ciudades y el delito organizado en las mismas-, comentar que la impresión primera que producen una parte considerable de las lecturas de textos sobre tales fenómenos: por ejemplo, el de las tribus urbanas, es el de que aparentemente se trata de “derivadas” psicológicas propias de las tensiones personales de tener que buscarse a sí mismo de los jóvenes y adolescentes en su tránsito y pugna hasta la alcanzar la madurez. “Derivadas” que tienden a ser extremistas y peligrosas pero que la sociedad de “los mayores” saben que son pasajeras o cuando menos bastante “recanalizables” con mejor educación o mayores atenciones.

Contrariamente, la tesis que aquí se sostiene es que más allá de una repetición clásica histórica de la lucha por la supervivencia en situaciones de competición por recursos escasos, son, probablemente en ambos, la manifestación primigenia, digamos *cuasi natural*, de la gravísimas rupturas de los contratos fundacionales

socioculturales humanos básicos que se están dando aceleradamente, aunque con distintos ritmos, en prácticamente todas las sociedades. Entre los contratos fundacionales rotos destacarían los siguientes:

1. La separación del hombre de la tierra de origen y sustento que lo hace mercancía esclava de voluntades ajenas, lo deja sin raíces y sin vínculos de comunicación o consuelo angustiado y temeroso a merced del azar.
2. La liquidación de la secularización que lo deja paradójicamente a su libre albedrío con miedo en mitad de una jungla llena de otros miedos como el suyo.
3. La desposesión del sentido vital, del proyecto personal, del oficio singular de cada uno y las tareas diarias de lograr y mantener la propia familia y descendencia...; desposesiones que restan buena parte de todo lo que da importancia y valor al yo; la autoestima que hace persona.
4. Las “neoliberales” des-asistencias crecientes de Estados e Instituciones

4 —

Así quedan muchos hombres, no solo de este siglo sino de muchos. Perdidos en unas sociedades que dependiendo de múltiples factores son y están permanentemente en ciega transformación, más aceleradamente si cabe en los últimos cuatros siglos desde los espectaculares ciclos tecnológico-industriales que mejoraron la salud pública desde la natalidad hasta la esperanza y la posibilidad de aumento de la calidad de vida. Desde la revolución de los transportes.

En manos de poderosas elites, más que nunca desatadas de las constricciones del temor de Dios o en alianza estratégica con él; más que nunca, ellas mismas desarraigadas con el mismo o parecido vacío aunque arrogantemente cegadas de bienestares consumistas de corto recorrido ofreciendo como modelo falsas pero seductoras imágenes de igualmente escaso recorrido.

Sociedades dispersas por doquier que son resultado a su vez de los enormes desequilibrios mundiales liderados por economicismos reduccionistas de todo cuño (neoliberales, desarrollismos, capitalismo de Estado...), actuando generalizadamente como máquinas *bulldozers* contra antiguos cimientos sociales considerados, altiva, interesada y apresuradamente, viejos y sustituibles.

Como en las leyes físicas, asistimos a la eterna lucha entre acción y reacción, poder y contrapoder.

Lejos de creer que las crecientes tribalizaciones urbanas y las organizaciones de delincuencia organizada puedan limitarse, controlarse o desaparecer, el vaticinio que aquí se hace es que las sociedades futuras muy próximas (primera mitad del siglo XXI) y las grandes ciudades en particular, van a ser testigo de su total generalización.

La naturaleza humana es terca. Ante los intentos intensos de uniformación global de las personas y sus formas de vida como supuesta necesidad y evolución natural humana (hiperurbanización, macrociudades, asalarimiento, fragmentación-especialización-desprovisión de oficio, consumismo, desterritorialización, desarraigados...), veremos renacer y volver -incluso dentro de las grandes urbes- las formas sociales históricas a escala del hombre ahora consideradas primitivas: pequeñas y grandes tribus vinculadoras, protectoras y comunicacionales; la vuelta al oficio y a la tierra, el retorno a ciudades medianas o pequeñas, a los barrios; la recuperación de un sentido de unidad espiritual con el mundo sensible en su globalidad.

Entretanto, las macrociudades se van a llenar de organizaciones que van a ofrecer a los millones de seres arrojados a los vacíos metropolitanos -desfamiliarizados, desterritorializados y secularizados- por los “enajenadores” desarrollismos propietistas y privaticistas, protección material y sentido existencial en su clásico contenido de vínculos, razón de ser, alojamiento y manutención, etc... al precio, en parte, de pseudo-soluciones pero también, a la larga, de adquisiciones de nuevas identidades y peso social, por el fenómeno de la institucionalización.

Los colectivos principales que ya hoy día sustentan y protagonizan las tribus urbanas no son principalmente otros que los desposeídos, quienes habiéndose visto obligados a sobrevivir en los crueles e inhumanos intersticios macrourbano se organizan, o más frecuentemente, son organizados, en redes y autoredes capaces de optimizar y “explotar industrialmente” las debilidades y necesidades de unos y otros comiéndose mutuamente en un festín salvaje. Un festín sin otra regla que la de la manada: primero el lobo y la loba alfa, después sus hijos y hermanos. El resto es comida y oportunismo. Nadie, ni nada más.

Porque del mismo modo, y sin ánimo de justificarlos ni de sentar una suerte de inexorable evolucionismo natural, puede no obstante analizarse a los grupos actualmente poderosos como descendientes de antiguas tribus de desposeídos; léase: cristianos, judíos, norteamericanos, mafia italiana o rusa, etc... que fruto de su haberse organizado antaño en ese mismo tipo de asociaciones a-legales, han devenido ahora en poderosos y se han dotado de la pertinente ideología e influencias que los ayude a mantenerse y reproducirse.

Conclusiones

Pero estudiar nuestro aquí y ahora obliga a salirse siquiera temporalmente de tal círculo vicioso e intentar seguir glosando y desglosando qué clase de fuerzas psico-sociológicas están operando en la sociedad global del principio de siglo y a dónde es probable que conduzcan a sus humanos. Este es el objetivo y la tesis de esta comunicación que estamos exponiendo: Las tribalizaciones urbanas, la delincuencia organizada, contienen -en una parte muy importante-, el fenómeno nada nuevo de “*La supervivencia organizada*”... una de las formas clásicas de ‘minimizar pérdidas’ -si se padece-; o de ‘optimizar’ el sufrimiento ajeno -si hay planeamiento y aprovechamiento de la debilidad ajena- la existencia llena de “sinrazón” que ‘*sufren*’ siempre los excluidos; afirmación que, como se ve, incluye la temible manipulación y explotación del llamado “crimen organizado”.

La fotografía del siglo entrante, mejor dicho el DVD, es sencillo; de hecho los argumentos del cine están llenos de las sociedades secretas que ha habido y hay en las ciudades actuales: “*Promesas del Este*” y “*American Ganster*” son solo una muestra más de lo de siempre: Mafias que protegen lo mismo que someten: organizaciones capaces de hacerte sobrevivir bien en la jungla de asfalto, lo mismo que capaces de deshacerte. Filiaciones de por vida. Vida al precio de siempre: pertenecer a la tribu, serle completamente fiel.

Entonces, ¿Qué ha cambiado respecto a la vida en las comunidades de antaño? ¿Cuánto de ellas tiene la globalidad? ¿Cuáles son los riesgos enormes para las Instituciones sociales y para las personas de estos espacios desregulados? ¿Las necesidades de los mercados neocapitalistas justificarán tan altos precios humanos?.

El magnífico ensayo sociológico sobre “Crimen Organizado Transnacional” de Carlos Resa¹³ ofrece, según se ve, un análisis exhaustivo que el lector puede consultar para encontrar las respuestas y que nosotros estamos

¹³ Compartimos con Carlos Resa todo su medido análisis sociológico de la enorme potencialidad destructiva para los sistemas sociales democráticos en la totalidad de sus tres grandes subsistemas: ejecutivo, judicial y legislativo ; y , desde luego, para las personas de la expansión transnacional de los Grupos de Crimen organizado

siguiendo aquí al señalar coincidentemente con nosotros los elementales y gravísimos peligros socio-personales e institucionales que pueden intensificarse en los tiempos y sociedades actuales si cada vez más resultasen minadas -como aquí pronosticamos- por esta especie de grandes Corporaciones Multinacionales, Estados dentro de los Estados, que les parasitan, sustituyen y sustraen buena parte de su legitimidad, legalidad, funciones y bienes.

“...A medida que se extiende el fenómeno del crimen organizado lo hace el nivel de recursos de una economía nacional que permanece en la ilegalidad o en la paralegalidad, ocultándose a los ojos de quienes toman las decisiones en el ámbito ejecutivo y legislativo. En consecuencia, la calidad de los datos recopilados por fuentes oficiales o extraoficiales disminuye y se dificulta el análisis de las múltiples relaciones económicas con efectos en la construcción de las políticas públicas. Es cada vez más difícil determinar, por ejemplo, la cantidad de bienes y servicios importados y exportados o los flujos de capital, y el nivel de desempleo tiende a sobrestimarse puesto que contabiliza como parados a quienes se emplean en la órbita del crimen organizado. La utilización de cifras virtualmente sesgadas conduce a la construcción de políticas donde los medios y los fines están desvirtuados por un desconocimiento substancial de la realidad económica del país, o al menos de una parte significativa de la misma. Las políticas formuladas desde bases tan frágiles tienden a resultar ineficaces o contraproducentes, originando mayores problemas de los existentes y, en ciertos casos, ayudando al crecimiento de los circuitos de ilegalidad económica. La regulación de la actividad económica, por tanto, se mueve en terrenos porosos, contribuyendo a generar mayores desigualdades y distorsionando esta fuente de legitimidad del Estado, que es la de agente reglamentador de la economía. En última instancia, estas políticas pueden provocar turbulencias económicas e inestabilidad, dando paso a nuevos tipos de normatividad de tipo más informal en las relaciones económicas” (Resa, 2005).

Fijémonos, como decimos, en lo que han hecho los humanos a lo largo de la historia. ¿Qué hacían los emigrantes italianos en EE.UU. sino aliarse para defenderse o aprovechar mejor las oportunidades? ¿Qué hacen los humanos sino asociarse siempre que pueden, sino cazar juntos?.

Algunos estudios antropológicos, según muestra Dámaso Morales en su recomendable ensayo “La Política Social en la Unión Europea”¹⁴, como los del historiador Stewart Easton “*señalan que la supervivencia del hombre primitivo, organizado en tribus o clanes, no se explica por la idea darvinista del éxito del más apto, pero sí por la idea de al cooperación y de la ayuda mutua*”.

Continúa citando a Charles Prigmore: “*si se atiende a las teorías de función social y conflicto, existen cuatro procesos básicos de interacción social: competencia, conflicto, acomodo y asimilación. En un primer momento se compete por los recursos escasos, lo cual lleva a al conflicto; al concluir éste, las estructuras sociales se reacomodan y ajustan confundándose en un tipo nuevo de organización social que recupera las tradiciones de las partes. El conflicto es solo un paso en el desarrollo humano pero la cooperación es la garantía de su supervivencia*”. Este es el origen de las tribus urbanas y el crimen organizado.

Una vez que las teorías finalistas de la evolución necesaria humana en perpetuo progreso han quedado obsoletas; que los cristianismos o islamismos tanto como las utopías socialistas tras la caída del telón de acero han devenido en “monstruos sin alma” porque solo se quedan con una de las dos caras del humano -la fotogénica-, toca lidiar con el hombre crudo; puro y duro, el hombre de barro. El telón del teatro ha caído y está la vida, que es orden y caos. Enormes diferencias. Crueldad...Queda esperar que las *teorías del caos* acierten y todo esto nos sirva para hallar soluciones de orden superior, más complejas, que nos reencuentren con nosotros mismos, con lo que éramos antes de la cultura si es que no éramos, entonces también, lo mismo que ahora.

¹⁴ Los apuntes históricos de política social que siguen se basan en este ensayo de Dámaso Morales del Centro de Estudios Europeos, UNAM.

Porque creemos que el orden solo va a ofrecer más de lo mismo: más control, más obediencia, más unidimensionalidad, menos complejidad, simplicidad...emigración, pobreza riqueza, violencia...tribus, jerarquías...

Como sabemos, la escala mundial de valores que desde 1985 realiza Inglehart, viene proponiendo y diagnosticando un modelo general de cambio social producido por la influencia de variables propias de la industrialización sobre los sistemas de organización social y creencias culturales; de forma, que a más industrialización más modernismo y postmodernismo, que son sinónimas de desarrollo, libertad, individualismo, laicismo y racionalidad frente a tradición, religiosidad y valores de mera supervivencia

Pero, a pesar de estos diagnósticos tan globalizantes y optimistas, el propio Inglehart reconoce que la fuerza de lo local es enorme; que no vamos hacia formas culturales globales.

Por otra parte, no parece casual el auge de los estudios sobre confianza social o capital social¹⁵ en estos tiempos. Tal insistencia parece querer decirnos que algo “fundacional” a lo humano, consustancial a nosotros mismos está en riesgo en la actualidad. Por ejemplo, la actividad principal a partir de la que “...se crea confianza social como subproducto en la participación en asociaciones” (Herreros, 2004:612). ...y todos sabemos cuáles son los índices de participación política en las sociedades supuestamente desarrolladas.

La obra “The Civic Cultura” en 1963 (Gabriel Almond y Sydney Verba) representó el primer intento sistemático de explicar las consecuencias democráticas haciendo uso de variables culturales (Almond y Verba, 1963).

Pero falla la cultura cívica concebida como “*un síndrome coherente de satisfacción personal, política, de confianza interpersonal y de apoyo al orden social existente*” (Inglehart, 1988: 46).

Conocemos que “*El desempeño del gobierno y de otras instituciones sociales está poderosamente influido por el comportamiento ciudadano en los asuntos comunales*” (Putnam, 1995: 664).

Cumpléndose tales aspectos pronosticarían realmente que se da un correcto desarrollo más no sucede así.

La sociedad parece estar reclamando muchas mayores cuotas de participación en asociaciones y en política. Esta protección de derechos básicos sería consustancialmente inherente de los Estados y las Instituciones pero, en la práctica, no ocurre así. El Estado del Bienestar está desmontado, a excepción de unos pocos casos.

Las ineficiencias de los sistemas policiales y judiciales son paradigmáticas: dan la impresión de poder ofrecer únicamente más de lo mismo: más control y más represión que llevan solo a menos libertad y más delitos. Son soluciones de corto plazo que recuerdan la lucha biológica que sostienen ratones y gatos. A más ratones, más gatos; y a más gatos, los ratones responden naciendo y criando más ratones. Así eternamente¹⁶.

Paradójicamente son los grupos de menor peso social, los que buscan y son buscados para organizarse u organizarlos y asociarse o asociarlos en una suerte de agrupaciones de corte defensivo tipo clánico o tribal, como estamos defendiendo en este artículo.

¹⁵ Sobre los conceptos del capital social, consultar en página 1 www.eumed.net/libros/2005.

¹⁶ Las aportaciones para la seguridad, dice Carlos Resa, en tiempos de restricciones fiscales, tienden a perjudicar los modos de actuación y la cuantía de las políticas de redistribución social, con lo cual se cuestiona de nuevo una de las fuentes de legitimidad del estado democrático moderno. En las emergentes democracias de la antigua órbita soviética puede incluso generar en segmentos importantes de la población una nostalgia del comunismo real, que al menos era capaz de otorgar una ciudadanía social, aunque en niveles reducidos. No obstante, la principal consecuencia de un crecimiento rápido y substancial de los presupuestos de las fuerzas de seguridad del estado suele ser un descontrol organizativo y la creación de cuerpos semiautónomos que, contrariamente a sus objetivos, tienden a facilitar la penetración del crimen organizado y la vulneración, en muchos casos sistemática, de las libertades individuales.

¿Son las mafias urbanas las que más confianza social pueden prestar a los nuevos “ciudadanos”?

Dice Lamo de Espinosa¹⁷, “la realidad es que la gran división de valores y actitudes no se produce entre las dos costas del Atlántico norte, sino, como cabría esperar entre los países ricos y los pobres...a pesar de la globalización, no estamos presenciando una convergencia cultural a nivel mundial; por el contrario, la diferencia cultural entre países ricos y los pobres era mayor en 2001 que en 1981. La gran divisoria sigue produciéndose entre Occidente y los países musulmanes, confucianos o nativistas...” (Lamo de Espinosa, 2005).

Insistimos en que Inglehart habla del paso de los valores de supervivencia a los de autoexpresión, libertad, identidad propia, racionalidad... Lógicamente esto puede mantenerse en lo que se refiere sobretudo a Occidente; al resto todavía no. Inglehart generaliza a toda la población, nosotros “dualizamos”: solo las poblaciones de PIB alto viven este cambio; las otras -más extendidas-, emigrantes, jóvenes, mujeres, campesinos, analfabetos, etc... vemos que siguen ancladas y cada vez más en valores de supervivencia.

El camino de la habitabilidad global humana que este artículo reclama como utopía, quizá recomenzaría –si el aspecto espacio se combinase con lo aspectos humanos necesarios- con estilos como los que marcan algunos arquitectos que, en Abu Dhabi (Emiratos Árabes Unidos) por ejemplo, construyen ciudades autosostenibles para unos 50.000 habitantes.

Otra utopía verde en el desierto que quizás termine siendo una referencia para una nueva forma de vivir; de hecho empieza imitando y recuperando formas tradicionales de antaño, tipo *casbah*, y autolimitándose a un tamaño poblacional entre otras recuperaciones del mismo corte humano. Que así sea y se complete.

Dice el antropólogo Juan Cajas “Desviación y delito han sido, en ocasiones tratados como sinónimos. No lo son. El delito es sólo una categoría de la desviación. La conducta desviada no siempre es punible pero sí fuente de sospecha. Lo ha sido a través del tiempo, momentos y geografías: la vida cotidiana se criminaliza. Prevenir la desviación, no importando el costo social, parece ser la consigna de la Criminología actual basada en el control social, una de cuyas premisas es la *tolerancia cero*”

Y continua: “Las sociedades inventan sus fantasmas; construyen sus bestias negras, chivos expiatorios que operan como válvula de escape de odios locales o universales; ese papel lo ocupan los consumidores de drogas. Las autoridades lo asumen...”

...La antropología ha dado cuenta del papel que juegan las víctimas propiciatorias en la comunidad de origen (Girard, 1998). La omnipotencia del mal, encarnada en los fantasmas, libera provisionalmente la carga moral de los perseguidores justicieros, los heraldos de la cruzada farmacológica. La droga real no son las sustancias psicoactivas, la droga verdadera son sus fantasmas (Silva 1997); éstos, afirmaba Lacan, contienen un significante imaginario que subyace en la memoria colectiva de los individuos...”

El fantasma es siempre un estigma que es la síntesis de la prohibición...se deja de ser un ciudadano honorable para transformarse en portavoz de una identidad deteriorada (Goffman, 1963): *malandrín, borracho, delincuente, traidor*”.

Estereotipos o modelos del mal hay muchos. Tantos como culturas en el mundo. Lo mismo “Chivos expiatorios”, argumentos ideológicos que justifican el estigma, la persecución social... la paz psicológica y social de los perseguidores.

“Las narrativas de la ilegalidad se han instalado en los intersticios del cuerpo social y desde allí gobiernan. Representan la gramática del horror de una comunidad del miedo (Beck) que observa con temor y cierto respeto la corrupción, el soborno, la violencia.” (Cajas, 2005).

Los ciudadanos del miedo se encierran tras murallas como huyendo de la peste. Aún así el crimen los alcanza. La gramática del crimen organizado obliga, según sugiere Rosana Reguilo, a inventar un “manual de supervivencia urbana”... pero eso es justo lo que han hecho y hacen ellos, añadimos nosotros.

Diríase que una vez acomodada la persona humana se esconde entre espiritualizarse o agredir echando la culpa al otro, al emigrante: se merece lo que tienen.

Paradoja de las paradojas que esconde la guerra eterna del Yo contra el Otro: tan organizado como yo, para sobrevivir. El asunto es cómo diablos parar esta trágica rueda de desplazados y pobres girando desencajada al lado de *instalados* y ricos.

El esquema es el que sigue: Se está obligado a trabajar hasta esclavizarse para sobrevivir o *placenterarse* =>=>=> con riesgo de perderse en un vacío; esclavizar a su vez a emigrantes, sentirse culpable, querer restituirse, drogarse =>=> culpar a los demás de drogarlos, perseguirlos, condenarlos => organizaciones de supervivencia delictivas: EL CIRCULO CERRADO. El sinsentido de seres humanos “vacíos” p.e. los norteamericanos y europeos hiperconsumistas pero esclavos necesitados de drogas, prostitución y diversión para restituirse; necesitan “expulsar al diablo de sí”, expulsar la culpa de esclavizarse o drogarse y culpabilizan a los que les drogan o calman, placentera pero prohibidamente.

Cabe pues pensar que favorecemos que existan pobres y mafiosos para justificar así nuestro rechazo de ellos y poder penalizarlos y expulsarlos.

Conmueve la reflexión desde el dolor de la identidad fragmentada eternamente inconclusa que hace Bauman, su esperanza (Bauman, 2003). Ilumina su rememoranza de Simmel recuperando aquello de que la lucha violenta es ante todo un trámite preliminar a la integración. Y la extendemos a los fenómenos de *delincuencia organizada económica* y de *tribus urbanas* que resuenan como clamando aquí, frente a los magnates y opulentos occidentales (haciendo lo mismo que ellos), que se les abran las puertas de los neoliberalismos metropolitanos como antaño hicieron las luchas obreras reclamando un sitio en el paraíso capitalista. Aceptando sus reglas. Jugando sus juegos, obteniendo el soñado *Good Deal*.

¡Pura Teoría del caos! A su texto "a no ser que sea reprimida y domesticada la globalización negativa convierte a la catástrofe en algo inevitable... ..En definitiva, sólo enfrentando el miedo se lo podrá erradicar"(Bauman, 2006) nosotros suscribimos, a nivel de intervención social, que, efectivamente, ante los hechos sociológicos masivos urbanos propios de la globalización, a los sociólogos nos queda confiar y practicar activamente las teorías del caos: vigilar el caos, introducirnos en su marasmo y fuerza, fundirnos en él o diferenciarnos, apoyarlo o contenerlo, reivindicarlo o transformarlo, denunciarlo, intervenirlo y, paradójicamente, estar seguros de que sólo así, después de todo; de él con nosotros, surgirá un nuevo *fénix*.

Edgard Morin hace referencia en los prolegómenos de algunas de sus obras más importantes a una “cronología” que concluye que la edad de las ciencias del hombre estaría en cero años, que aún no habría dado el paso inicial. Seguramente, la intención del autor es llamar la atención, a través de esta metáfora, sobre los grandes problemas que el hombre y la humanidad plantean y que no tuvieron respuestas pertinentes desde las ciencias sociales para la solución de los mismos, especialmente en lo que atañe a la salud, la educación, alimentación, trabajo, etc.

Bibliografía

- ALBANESE, J.S. (1989) *Organized Crime in America*. Cincinnati: Anderson Pub.
- ALLMOND, G.A. y VERBA, S. (1963) *The Civic Culture*. Princeton: Princeton University Press.
- AÑÓN, M.J. (2000) "El test de la inclusión. Los derechos sociales", en AA.VV. (A.Antón ed.), *Trabajo, derechos sociales y globalización*. Barcelona: Icaria.
- APARICIO, R. Y TORNOS, A. (2005) *Las Redes Sociales de los Inmigrantes Extranjeros en España. Un estudio sobre el Terreno*. Madrid: MTAS-Observatorio permanente de la Inmigración.
- APARICIO, R.; TORNOS, A.; LABRADOR, J. (1999) *Inmigrantes, integración, religiones*. Madrid. Universidad Pontificia Comillas, Colección Sociedad, Cultura, Migraciones nº 2.
- ARANGO VILA-BELDA, J. (1995) "Migraciones internacionales y cooperación al desarrollo" en *Sistema* 127-128: 34-46.
- AUBARELL, G. y ZAPATA, R. (2003) *Inmigración y procesos de cambio: Europa y el Mediterráneo en el contexto global*. Barcelona: IEMed.
- BAUMAN, Z.(1991) *Modernity and ambivalence*. Cambridge: Polity Press.
- (1992) *Intimidations of Posmodernity*. New Cork: Routledge.
- (2003) *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2006) "Entrevista a Zygmunt Bauman" en *El Interpretador* Nº 22. Enero 2006.
- (2007) *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- BECK, U. (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Buenos Aires: Paidós.
- BELT-IBÉRICA (2005) "Interpol considera a España como un paraíso de mafias internacionales" en *Noticias*. 13 de Abril de 2005.
- BERICAT ALASTUEY (2001) "El suicidio en Durkheim o la modernidad de la triste figura" en *Revista Internacional de Sociología* Nº 28. Pp. 69-104.
- (2003) "Fragmentos de la realidad social posmoderna" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* nº 102-03. Pp. 9-46.
- BHABHA, H. K. (2002): *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.
- CAJAS, J. (2005) "Violencia y Narcotráfico. Reflexiones desde la Antropología" en *Fractal* Nº 38. Julio-Octubre 2005.
- (2007) *El truquito y la maroma, cocaína, traqueteos y pistolocos en Nueva York: una antropología de la incertidumbre y lo prohibido*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- CALLEJO GALLEGO, J. (2003) "La producción de estilos de vida desde la globalización del consumo" en *Revista Ábaco* Nº 37-38: *Estilo de vida, identidades y globalización del consumo*.
- CASTELLS, M. (1997) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. México: Siglo XXI.
- CASTRO NOGUEIRA, L. (2004) "Flujos espaciales y hechizos digitales: el reencantamiento de la sociología" en *Seminario: (Des)Territorialidades y (No)Lugares*. Instituto de Estudios Regionales. Universidad de Antioquia, 4-6 de noviembre, Medellín, Colombia.
- CONSEJO ECONÓMICO Y SOCIAL (2004) *La inmigración y el Mercado de Trabajo*. Madrid: CES.
- DELEUZE, G. (1996) *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos.

- DE LUCAS, J. (2001) "Hacia una ciudadanía europea inclusiva. Su extensión a los inmigrantes" en *Afers Internacionals*, núm. 53 *Ciudadanía europea e Inmigración*. Pp. 63-75.
- DELPINO GOICOICHEA, M.A. (2005) *Factores que inciden en la socialización de los jóvenes latinoamericanos en España*. Liga Española de la Educación y la Cultura Popular
- ELÍAS, N. (1993) *El proceso de la civilización*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2005) *Antropología urbana*. México: FCE.
- GIDDENS, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- GIRARD, R. (1985) *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- GOFFMAN, E. (1963) [1998] *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GURAK, D.T. Y CACES, F. (1998) "Redes Migratorias y la formación de Sistemas de Migración" en MALGESINI, G. (Ed.) *Cruzando Fronteras. Migraciones en el Sistema Mundial*. Madrid: Icaria. Pp. 75-110.
- HART, M. y NEGRI, A. (2002) *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- HERREROS, F. (2004) "¿Por qué confiar? Formas de creación de confianza social" en *Revista Mexicana de Sociología*, Año 66, Nº 4. Octubre-Diciembre 2004. Pp. 605-626.
- HOBBSBAWN, E.J. (1959) *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries..* Manchester: University Press.
- IBÁÑEZ, J. (1979) *Más allá de la Sociología: el grupo de discusión, teoría y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- INGLEHART, R. (1988) "Cultura política y democracia estable" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* Nº 42. Pp. 45-66.
- (1991) *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid: CIS.
- (1998) "Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades" en *Colección Monografías Nº 161*. Madrid: Siglo XXI y Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (2005) "¿Una diferencia que marca la diferencia?. Valores y cultura en Europa y en los Estados Unidos" en Seminario del CSIS *The Future of US-European Relations. After the Cold War and Beyond the War in Iraq*. Wye Plantation. 15 a 17 de abril de 2005.
- MAFFESOLI, M. (1990) *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria.
- MASSEY, D. S. y GARCÍA ESPAÑA, F. (1987) "The social process of international migration" en *Science* 237. Pp. 733-738.
- MASSEY, D. S. ET AL. (1998) *Worlds in motion: Understanding international migration at the end of the millennium*. Oxford: Clarendon Press.
- MEISSNER, D. ET AL. (1993) *International Migration. Challenges in a New Era*. New York: The Trilateral Commission.
- MORALES, D. (2000) "La política social en la Unión Europea" en *Europa en transformación: procesos políticos, económicos y sociales*. México: Centro de Estudios Europeos-UNAM.
- MURCIA, J. y MADRID, J. (2008) *Tribus urbanas, ritos, símbolos y costumbres*. Madrid: Arco Press.
- NUEVO ORDEN (2008) "Mafias extranjeras en suelo español" en *Informaciones. Noticias del mundo*: <http://www.nuevorden.net/mafias.html>
- OBSERVATORIO EUROPEO CONTRA EL RACISMO Y LA XENOFOBIA (2006). *Informe anual de la situación sobre racismo y xenofobia en los estados miembros de la Unión Europea*.
- PAJARES, M. (2005) *La integración ciudadana*. Icaria.
- PINO, J. del y BERICAT, E. (1998) *Valores sociales en la cultura andaluza*. Madrid: CIS.

- PUTNAM, R. (1995) "Tuning in, tuning out: the stange disappearance of social capital in America" en *Political science & politics* N° 4. Diciembre 1995.
- QUICIOS GARCÍA, M.P. (2005) *Población inmigrante: su integración en la sociedad española (una visión desde la educación)*. Pearson Educación.
- RESA NESTARES, C. (2005) *Crimen organizado transnacional: definición, causas y consecuencias*. Madrid: Astrea.
- RUIZ HARRELL, R. (2007) "Ciudades sin control" en *Reforma. La ciudad del crimen*. 22 de Enero de 2007.
- RUKAVISHNIKOV, V. (1992), "Public Opinion Structures and Environmental Concerns in Modern Russia" en *Symposium Current Developments in Environmental Sociology*. Woudshoth, the Netherlands. 17-21 June 1992.
- SAID, E. (1996) *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- SALAZAR, A.y JARAMILLO, A. (1992) *Las Subculturas del Narcotráfico*. Bogotá: Cinep.
- SARTORI, G. (2001) *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Madrid: Taurus.
- SHERIN, R.J. (1966), "A Matrix Formulation to Kaiser's VARIAMAX Criterion" en *Psychometrika* N° 31. Pp. 535-538.
- SILVA, A. (1997) "El cártel de Medellín y sus fantasmas", en WINOCUR, R. (comp.) *Culturas políticas a fin de siglo*. México: FLACSO-Juan Pablos Editor. Pp. 163-181.
- SILVA ECHETO, V.M. (2004) "Comunicación mediática, nomadismo y desestabilización de fronteras" en *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* N° 10. Julio-Diciembre 2004.
- SIMMEL, G. (1918) [2000] "El conflicto de la cultura moderna" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* N° 89. Pp. 315-332.
- SMART, B. (1997) *Postmodernity*. Londres: Routledge.
- SUTHERLAND, E. (1993) *Ladrones profesionales*. Madrid: la Piqueta.
- THOMAS, W.I. y ZNANIECKI, F.W. (2004) "El campesino polaco en Europa y en América" (1918-1920). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Boletín Oficial del Estado.
- TORNOS, A. y APARICIO, R. (2001) *Estrategias y dificultades, características en la integración social de los distintos colectivos de inmigrantes llegados a España*. Madrid: IMSERSO.
- (2002) *El Estado de Bienestar y la inmigración*. Madrid: IMSERSO.
- (2004) *El capital humano de la inmigración*. Madrid: IMSERSO.
- (2005) *Las redes sociales de los inmigrantes en España: un estudio sobre el terreno*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Asuntos Sociales.
- TOURAINÉ, A. (1969) *La sociedad post-industrial*. Barcelona: Ariel.
- TURNER, B.S. (1991) *Theories of Modernity and Postmodernity*. Londres: Sage.
- VAN DIJK, T.A. (1994) "Discurso, poder y cognición social" en *Cuadernos*. N° 2. Octubre de 1994. Maestría en Lingüística. Escuela de Ciencia del Lenguaje y Literaturas
- VAN METER, K.M. (2004) "¿Cómo ve la gente a la sociedad?: la estructura reticular de la opinión pública sobre conflictos sociales" en *REDES- Revista hispana para el análisis de redes sociales*. Vol.5. Enero - Febrero 2004.
- VIRILIO, P. (2004) *Ville panique*. Paris: Galilée.
- WELLMER, A. (1998) "La dialéctica de la modernidad y la postmodernidad" en PICÓ, J. *Modernidad y post-modernidad*. Madrid: Alianza. Pp. 103-141.